Setiembre.—Este año por vez primera se presentó el caso de un alumno de universidad extranjera que pidiese equiparación de estudios. Autorizada por el Consejo Universitario, la Facultad de la Escuela de Letras y Filosofía aceptó los estudios del señor Teodoro Olarte y Sáenz del Castillo, hechos en la Universidad Central de Madrid, y le tomó exámenes en las siguientes materias, para poder extenderle el título de Licenciado en Letras y Filosofía: Filosofía, Historia de la Filosofía, Literatura española, Literatura hispanoamericana, Etica, Gramática general, Gramática histórica comparada, Metodología, Latín versión, Latín tema; el resultado de sus exámenes fué satisfactorio; presentó tesis de licenciatura, sobre Alfonso de Castro, que fué aceptada con aplausos.

Viernes 29 setiembre a domingo 1º octubre.—Viaje a Puntarenas, celebrado por alumnos y profesores de esta Escuela.

Miércoles 3 octubre.—El Decano General Volio y el profesor Lines, fueron incorporados a la Academia de la Historia de Colombia, se les entregó el diploma justificativo y el Ministro de Colombia en Costa Rica, Dr. J. Joaquín Caicedo Castilla dió una recepción en su honor en la sede de la Legación con asistura, sobre Alfonso de Castro, que fué aceptada con aplauso.

Miércoles 3 noviembre a 11 noviembre.—Término para REPASO.

Terminó el curso de 1944 con un total de 82 alumnos, pues durante el año hubo nueve bajas, por viajes al exterior, enfermedad y cesación de estudios.

Lunes 13 noviembre a miércoles 20 diciembre.—Exámenes de fin de curso, con muy buen resultado; muy pocos aplazados, y éstos solamente en una o dos materias cada uno; los que no se presentaron por causas de enfermedad u otras, fueron asimismo muy pocos.

Viernes 22 diciembre.—"Fiesta de Clausura ofrecida por los estudiantes."

Durante el año, se celebró cada mes una reunión ordinaria de la Facultad, no habiéndose presentado ningún asunto que justificara sesiones extraordinarias.

Del Honorable señor Rector con la más disitnguida consideración Atto. S.S.,

Jorge Volio

Por qué desconfiamos de la Unión Soviética

Por Ricardo Patee

El hecho de que las naciones que están en lucha contra el nazismo y el fascismo estén a la vez aliadas con la Unión Soviética, ha constituído para la conciencia católica del mundo entero uno de los más graves problemas que es posible arrostrar. La Iglesia se ha distinguido durante muchas décadas como el reducto más tenaz en su oposición al comunismo, a las doctrinas que informan el estado ruso y a la extensión fuera de las fronteras de la Unión Soviética de tales enseñanzas. El estado ruso ha fomentado durante los últimos veinticinco

años esta hostilidad y estas suspicacias. No sería justo que negáramos que también las naciones occidentales, a partir de 1919, en su empeño de constituir el "cordón sanitaire" en torno a la Rusia de los Soviets, cometieron grandes torpezas que solamente sirvieron para acrecentar la desconfianza rusa hacia el resto del mundo e hizo recrudecer indiscutiblemente la animadversión del gobierno del Kremlín contra los países del resto del continente. Todo esto pertenece a la historia desgraciada de la época entre dos guerras. Ninguna nación puede vanagloriarse de haber visto claro; ninguna puede jactarse de haber contribuído a la paz y a la estabilidad del mundo con algo fundamental. El mundo vivió sus dos décadas de zozobra y de confusión; y la terquedad, ininteligencia, mala fe y mediocridad en la cosa pública han producido inevitablemente sus amargos frutos.

El problema ruso es el problema capital para todos. No podemos esquivarlo ni negarlo. En el mundo del futuro será menester que todos convivamos con la Unión Soviética. Si los acontecimientos no varían notablemente, será ésta la potencia preponderante en los destinos de la humanidad. ¿Estamos preparados espiritualmente para hacer frente a esta tremenda realidad? La verdad es que hasta la fecha, entre las filas católicas no se nota más que reservas, lamentaciones y cierto temor rayano en pánico que se traduce solamente en vanas protestas contra este poderío que va inexorablemente en aumento. Este estado de ánimo no puede ser más dañino ni más contrario a la causa de los intereses vitales de la Iglesia que a todos nos interesan.

La Iglesia católica siempre se ha distinguido por su reconocimiento de la realidad. En todos los tiempos y en todas las edades, su fuerza ha sido su eternidad; su capacidad de medir el alcance de los sucesos con esa visión del tiempo indefinido. Más que nunca, nos urge tener un poco de esa clarividencia que abarca todos los tiempos. Si Rusia es la inmensa, la abrumadora y la terrible realidad de nuestro tiempo, pues la Iglesia no pude hacer más que reconocerla, darle la cara, confiada como siempre en la promesa solemne de Nuestro Señor de que jamás abandonará a su Iglesia. Si tenemos que convivir con la Unión Soviética, pujante, arrolladora, pletórica de energía y de juventud, pues que sea enhorabuena. Lo que sí nos interesa profundamente es saber que, si tenemos que ajustarnos a este nuevo estado de cosas, la Unión Soviética tal como está constituída actualmente es capaz de proceder de tal manera que sea posible confiar en ella. Hay unas nociones muy curiosas que circulan entre los que ven en Rusia la esperanza del mundo. Hay la idea errónea, por cierto, de que Rusia ha estado escrupulosamente empeñada en respetar el territorio y los derechos de los estados colindantes, que ninguna violación contra el territorio de un vecino indefenso se ha registrado desde que los caballeros del Kremlín llegaron al poder. Evidentemente esta tesis es falsa. Rusia cometió una agresión despiadada contra Finlandia; ocupó la mitad de Polonia y los tres estados bálticos. Todo aquello en nombre de la defensa propia. ¿Pero para defenderse, es preciso cometer el mismo tipo de agresión que condena en los demás? Decimos que hay motivos de desconfianza que quisiéramos todos que desapareciesen. Vamos a enumerar

trece razones que constituyen este alegato; razones que imperan para que muchos que no creemos en la mística comunista o comunistoide no podamos aceptar con esa buena fe absoluta la colaboración con la nueva Rusia. Hacemos esta lista sin ninguna intención de atacar intempestivamente a la Unión Soviética. Todos reconocemos la necesidad de la alianza militar. Todos celebramos que el coraje y arrojo de los soviéticos estén contribuyendo de manera tan palpable a la victoria final. Señalamos estas razones para aclarar una posición y demostrar que la posición católica ante este problema no es simplemente hostilidad ciega a todo lo que huela a comunismo. Las razones, en síntesis, son las siguientes:

1.—El pacto ruso-germano de agosto de 1939.
2.—Invasión de Polonia y aceptación de la frontera trazada por Ribbentrop y Molotoff.
3.—Incorporación de las tres repúblicas bálticas por medio de un plebiscito de estilo totalitario.
4.—Agresión contra Finlandia.
5.—Creación de un comité polaco de patriotas en Moscú y agresividad contra el gobierno polaco de Londres.
6.—Creación de un comité de la Alemania libre en Moscú sin ninguna intervención de los países aliados.
7.—Acusación contra la Gran Bretaña de buscar la paz separada.
8.—Reforma de la constitución para dar a sus estados componentes autonomía en materia de relaciones internacionales.
9.—Rechazo de la propuesta del gobierno de Estados Unidos para servir de intermediario en el conflicto ruso-polaco.
10.—Acusación de fascista y colaboracionista a cualquier elemento que no sea decididamente pro-soviético. Ejemplo: Los yugoeslavos de Mikhailovitch; el gobierno estón; el gobierno polaco; etc.
11.—Reticencias y truculencias con respecto a una verdadera colaboración militar con sus aliados. Los militares británicos y americanos se quejan de esto. Rusia rehusó permitir que los aviones aliados aterrizasen en su territorio después del bombardeo de Ploesti en Rumanía.
12.—Quisquillosidad exagerada y absurda acerca de cualquier crítica que se le haga: Las declaraciones de Wendell Willkie sobre Polonia.
13.—Ese esfuerzo para presentar a la Unión Soviética como un tipo acabado de democracia.

Aquí tenemos un índice de trece razones que preocupan lógicamente a todos los que intentan un entendimiento con la Rusia roja. Examinemos rápidamente cada una de estas razones.

El pacto germano-ruso de 1939 desencadenó la guerra presente, fuera de toda duda. Puede alegarse lo que se quiera acerca de las desilusiones sufridas por Rusia durante los años anteriores cuando Francia y la Gran Bretaña practicaban lo que se llama la política de apaciguamiento. Esto no quita en un ápice la tremenda responsabilidad de la Unión Soviética de haber pactado con la Alemania

hitlerista. Francia y la Gran Bretaña habrán sido débiles, flojas en su diplomacia. Sus estadistas habrán sido incapaces de tomar medidas enérgicas contra el poderío creciente de los nazis. Con algunas excepciones, entre ellas Laval, los dos países occidentales se revelaron timoratos, indecisos e irresolutos. Prefirieron dejar que Alemania tuviese sus triunfos y pretendieron aplacarla, ofreciendo concesiones. Pero no llegaron a abrazarse con ella, ni proclamar su virtud, ni pregonar la perfecta inteligencia entre los dos. Léanse, por ejemplo, los recortes de la primera visita de Molotoff a Berlín. No son expresiones de alguien amargado por una dura necesidad, sino las manifestaciones de júbilo ante la perspectiva de una mancomunidad de intereses, confirmada en el pacto recién firmado.

Dígase lo que se quiera, esto sembró la desconfianza profundamente. Rusia procedió en una forma que no podía hacer sino dejar a las naciones occidentales completamente desamparadas. Y añádase, que las misiones militares de Francia y de Inglaterra estaban en Moscú en esos momentos, esperanzadas ante la posibilidad de un acuerdo con Rusia. Esta es una diplomacia que nadie entiende. Se entiende la debilidad, las veleidades, y hasta la traición de un individuo o de una camarilla, pero que una nación entera proceda así, ya es otra cosa. Es natural que Rusia inspire cierta desconfianza como consecuencia de esto. Su pacto se ha defendido en nuestros días con el argumento de que así pudo lograr aplazar la agresión alemana inevitable, prepararse mejor y estar en condiciones de rechazar el ataque cuando viniera. Muy bien. Todos estamos satisfechos de que la fuerza rusa haya sido suficiente para obligar a los nazis a replegarse sobre sus fronteras. Pero, ¿con qué lógica, pretendemos condenar en términos desmesurados a Chamberlain por lo de Munich, cuando él hacía exactamente lo que hacían los rusos, o sea, ganar tiempo? Inglaterra estaba terriblemente inpreparada. Sus fuerzas eran tan débiles que no podía aspirar a entrar en guerra contra Alemania en 1938. El gobierno británico comprendió que un año más le daría por lo menos alguna oportunidad para resistir. La prueba es que al volver de Munich, las fábricas inglesas comenzaron a producir con toda energía. Ningún inglés confiaba en que el pacto firmado en Munich significase la paz duradera. Chamberlain habrá sido un estadista mediocre y todo lo que se quiera pero no hizo peor, ni mucho menos, que los señores del Kremlín en entrar en una alianza con Alemania para ganar un año, provocando así la guerra misma que querían evitar. La caída de Francia, la desaparición de los Países Bajos, la conquista de Noruega, la ocupación de Checoeslovaquia; todo aquello ¿es cosa simplemente para que Rusia pudiese armarse y prepararse? Es una pregunta tremenda y que debíamos encarar valientemente pues está en el fondo de la desconfianza que muchos sentimos y que quisiéramos no sentir.

La invasión de Polonia también se ha presentado como evidencia de la rara sagacidad con que el Kremlín siempre procede y muchos defensores de la actuación rusa ven en este procedimiento nada más que la clarividencia de que los soviéticos parecen tener un monopolio. Impedir que los alemanes fuesen más lejos en aquel momento en que Polonia se desmoronaba; está bien desde este punto de vista. ¿Pero, Polonia? La guerra se desató por la insistencia de Hitler en seguir adelante contra Polonia. El gobierno polaco, confiado en la palabra de sus aliados,

decidió resistir. La guerra fué la consecuencia. Los rusos nada hicieron para contrarrestar el avance alemán. Tomaron la mitad de Polonia, arrasaron a las tres repúblicas bálticas y al adueñarse de estos territorios, anunciaron que desde entonces en adelante, estas regiones no podían aspirar a nada que no fuera incorporación permanente entre los estados de la Unión Soviética. Puede ser que haya sido por motivos de defensa futura. Puede ser que haya sido una maniobra hábil para evitar que los alemanes hiciesen igual; de lo cual eran perfectamente capaces, por cierto. Pero el procedimiento establece un principio terriblemente peligroso. Si para la defensa nacional, cualquier proceder es justo y aceptable, entonces hemos establecido un nuevo concepto de las cosas. Alemania alegaba que era preciso ocupar parte de la tierra de los checos para defenderse. Alegaba que la ocupación de Dinamarca y de Noruega era necesaria para evitar que esos pueblos sufriesen la agresión británica. El cinismo en este caso es evidente a todas luces. Pero, ¿si Rusia procedió en la misma forma? Ahora bien. Reconocemos que puede haber sido providencial que los rusos ocupasen estos territorios para así poder resistir con mayor tenacidad la agresión posterior. Pero ésto no quita en absoluto que al hacerlo, sentó un principio que poco garantiza la seguridad y la estabilidad de los pueblos pequeños del mundo.

La incorporación de las tres repúblicas bálticas de Lituania, Estonia y Latvia viene a confirmar esta tesis. Estamos ya todos habituados a las elecciones celebradas por los totalitarios de todos los colores. Los plebiscitos de Hitler en que el número de votos contrarios es tan exiguo que apenas existe; los plebiscitos en países ocupados que arrojan una inmensa mayoría a favor de los elementos dominantes. Es curioso que estas tres pequeñas repúblicas cuya vida internacional y doméstica había sido decente, decorosa y compatible con sus obligaciones para con la familia de las naciones, hayan estado tan exageradamente deseosas de incorporarse a la Unión Soviética que durante veinte años sólo ansiaban ese feliz desenlace. ¿Quién podrá afirmar que en realidad, los pueblos lituano, estón y latvio, voluntariamente, en elecciones legítimas y libres, prefirieron incorporarse a la Unión Soviética? El proceder huele demasiado a lo que las potencias totalitarias hacen invariablemente para dar ese cariz de legitimidad a sus actos; ese culto falso a un procedimiento democrático.

La invasión de Finlandia también ha despertado las más encontradas opiniones. Ahora algunas gentes quieren creer que todo fué un estupendo truco, una triquiñuela en grande para engañar al mundo y hacer creer a los nazis que el ejército rojo era débil y caótico. Algunos llegan a decir que después de todo Mannerheim, y los demás jefes finlandeses no son más que fascistas disfrazados, viles instrumentos de Hitler y que la muy mentada democracia finlandesa es más bien un mito. Alto ahí. Durante meses creíamos todos que los finlandeses fueron víctimas de una de las más crueles agresiones que registra la historia. Imperialismo finlandés. Pero cómo es posible. Es como si la Gran Bretaña hablase de imperialismo belga u holandés o que Francia tuviese pánico del Luxemburgo. Finlandia tiene una historia limpia.

El haber querido desde los aciagos días de 1919 defenderse del comu-

nismo no puede constituir un delito a pesar de nuestras relaciones con Rusia. Finlandia sufrió una agresión alevosa de que no tenía la culpa. ¿Por qué tiene el gobierno ruso que propagar esas especies del fascismo finlandés, del imperialismo de sus jefes y de la tiranía ejercida en la Karelia? Es triste cosa que para lograr que la Unión Soviética se defendiese más tarde, tuviese Finlandia que pasar por el tremendo suplicio de la guerra de 1939-40. Que su política posterior en lanzarse en la ofensiva cuando Alemania atacó a Rusia, haya sido equivocada, puede aceptarse. Eso no quita que fuera la Unión Soviética la que inició las operaciones en el invierno de 1939 contra un pueblo que tal vez hoy, sin aquella agresión estaría al lado de las naciones unidas.

La prensa está llena en nuestros días de los ataques rusos contra el gobierno polaco de Londres. Cada día parece estar más cerca el reconocimiento del comité de patriotas establecido en Moscú. Puede ser que algunos de los elementos polacos de Londres no estén al nivel de sus deberes ni tengan lo que los rusos eufemísticamente dan en llamar "una clara percepción de las realidades" que no es otra manera de decir sino que los que están con Rusia, comprenden las realidades; y los que dudan de Rusia, viven en un mundo imaginario, alejados de tales realidades. El punto es que esta acción de Moscú tiene todo aquel carácter de unilateralidad que la distinguió en el asunto de las fronteras polacas. Desconocer a un gobierno ya establecido y arbitrariamente erigir otro, aun cuando los demás países aliados reconocen al primero, ya tiene cierto aspecto de imposición de fuerza que difícilmente concuerda con el concepto del frente unido que todos deseamos.

Lo mismo sucedió con respecto a la creación en Moscú de un comité de la Alemania libre compuesto como era de suponer por destacados elementos del izquierdismo alemán. ¿Podría ser esto una maniobra para constituir ya de antemano un gobierno alemán, listo para entrar en acción tan pronto como algún territorio alemán haya sido ocupado? Es también un caso más de esa política estrictamente unilateral, que distingue tanto al Kremlín.

El gobierno soviético, directa o indirectamente se da el lujo frecuentemente de lanzar pullas demasiado hirientes contra sus mismos aliados. En un estado totalitario, aunque sea del proletariado, se sabe perfectamente que la prensa refleja el parecer de los gobernantes. No hay crítica posible contra el gobierno de Rusia. No hay modo de que alguien lance una opinión descabellada que luego pueda excusarse por haber sido de algún periodista irresponsable. Cuando la prensa soviética acusó a la Gran Bretaña de andar en tratos con Alemania para buscar la paz separada, ¿quién puede dudar de que el gobierno soviético mismo haya tenido que ver con este negocio? Acusación más grave no es fácil imaginar. La Gran Bretaña se había comprometido solemnemente a no buscar la paz mientras las naciones unidas estuviesen en lucha contra el Eje. ¿Tenemos derecho a desconfiar un poco, cuando semanas después de Teherán, la prensa soviética hace circular esta especie de que sus aliados británicos están en negociaciones directas con Ribbentrop? Nada de especulaciones. Esa prensa señaló conversaciones concretas celebradas en los Pirineos con el canciller alemán. ¿Si la prensa inglesa, que no está amordazada, hubiese dado a conocer con grandes titulares que Molotoff estaba en conversaciones con Ribbentrop en Ankara, cuál hubiera sido la reacción de

Moscú? Podemos imaginar el revuelo que esto hubiese producido. Podemos imaginar que los amigos de la U.R.S.S. en todo el mundo como movidos por un solo resorte hubiesen puesto el grito en el cielo para denunciar la infamia de acusar a Rusia de semejante propósito. Y, estos mismos amigos de las democracias; estos partidarios a ultranza de la causa común; estos fervorosos apologistas del régimen stalinista, ¿qué voces levantan cuando a la Gran Bretaña se le ataca de manera tan infamante? Nadie levanta una voz. Nadie se ocupa del honor y del prestigio de Inglaterra, ultrajada por una acusación tan gratuita. Merece una seria reflexión esta tendencia de ver en Rusia el único baluarte de los valores que defendemos.

La reforma constitucional recién proclamada, que convierte a Rusia en una especie de mancomunidad de naciones también plantea preguntas inquietantes. Algunos la saludan como un paso a la democracia y la libertad. Algunos, que nunca ven salir de Rusia nada erróneo, advierten en esto una confirmación de la genialidad política de los amos de aquel país. Como un acto de política audaz, es, indiscutiblemente, un golpe maestro. Lo cual viene a dar a muchos esa misma impresión dolorosa de que hablamos; de que el imperio comunista no tiene ninguna intención de jugar limpio, sino que busca en su táctica internacional las ventajas más notorias sin tomar en cuenta siquiera los intereses de sus aliados.

Notamos también que esta Rusia totalitaria, procede sin tomar en cuenta los intereses de sus aliados. Inquieta mucho el hecho de que el gobierno bolchevique haya rechazado, aunque cortésmente, la propuesta del gobierno de Estados Unidos de servir de intermediario en un conflicto en torno a la frontera ruso-polaca. Nada de intromisiones fué la respuesta. ¿Puede la frontera de Rusia y Polonia ser mera cuestión de intromisión? ¿No fué Polonia precisamente la víctima del nazismo que provocó la guerra? ¿Cómo es posible que este país cristiano, ultrajado y maltratado por sus vecinos deje de tener un agudo interés para sus aliados que pelean justamente para enderezar este entuerto original que ocasionó la guerra en que todos nos vemos envueltos? Los soviéticos: gobierno, prensa y portavoces, tienen esa pésima costumbre que tienen tantos doctrinarios de acusar gratuitamente a todos los que no sean de su agrado, de fascistas y de instrumentos de la plutocracia. El léxico izquierdista es algo que infunde respeto, por lo abigarrado, rico y viperino. El gobierno soviético descubre de buenas a primeras que cualquier gobierno o grupo que no se doblegue a sus deseos, es una pandilla de fascistas asquerosos que merece ser exterminada. En honor a la verdad, hay que confesar que todos hemos padecido este defecto de emplear los epítetos del día con excesiva liberalidad. Muchos de los que estamos al lado opuesto, hemos llamado comunista a un sin fin de gentes que no tienen nada de comunistas. A veces, si alguien propone que se pongan en práctica las encíclicas del Papa, algunos católicos lo han tildado de comunista-ateo. Este proceder es absolutamente absurdo, contraproducente y más que nada, es un gravísimo pecado contra la inteligencia. No debíamos exponernos a estas gratuitas injurias que a nada conducen. El régimen soviético emplea también, con una falta de respeto para la realidad, esta acusación de fascista. Por ejemplo: por querer favorecer al general Tito, el gobierno soviético acusa a Mikhailovitch de ser puro fascista y

en confabulación con los enemigos que combate tan encarnizadamente como su compatriota de tendencia más izquierdista. En la asamblea que aprobó la decisión de crear los dieciséis estados autónomos, oradores más o menos oficiales denunciaban como agentes fascistas a los gobernantes de Estonia. ¿Qué motivo tenemos para creer que todo el mundo que no esté completamente al servicio del Soviet sea un fascista indecente cuyo derrocamiento es merecedor de nuestros aplausos? Este afán de pintar a todos los no soviéticos como fascistas o simpatizadores de los fascistas puede hacer más daño que nada después de la guerra. Cada vez que alguien levante la voz para hacer el más leve reparo a algún acto del régimen ruso, se le acusará de fascista, de vendido, de reaccionario y de retrógrado que no comprende el alcance del momento histórico en que vive. Todos los que tenemos todavía algún sentido crítico y no hemos abdicado por completo el uso de la razón, protestamos contra éste empeño peligroso e injusto. El gobierno soviético no es sacrosanto; no está encima de la crítica; no es una cosa que al criticarla, cometamos la falta de identificarnos con el nazismo y el fascismo. ¿Desde cuándo tiene derecho el Soviet de constituirse en patrón, para decirlo así, de lo que ha de ser la esencia del anti-fascismo? Inglaterra es tan antifascista como Rusia e infinitamente más humana, más occidental, más allegada a todos nosotros. Inglaterra aceptó el reto lanzado por Alemania en 1939 sin titubeos para defender los intereses de Polonia y a la vez los suyos. Sin tener ni remotamente los armamentos de Rusia, ni el territorio y estar mucho más expuesta a las represalias, el pueblo británico aceptó valientemente su destino y lo afrontó. Su suplicio es ya épico. Gran Bretaña durante los meses de 1939 y de 1940, cuando el Soviet no pensaba en defender la civilización, sí la defendió, heroica y desinteresadamente. ¿Qué hacía Rusia entonces? Pues claro está, prepararse para defender a Rusia. ¿Hubiera entrado en la guerra si Alemania no la ataca? Es poco probable pues todos están contestes en que lo que Rusia más deseaba era mantenerse neutral. En una palabra, la Unión Soviética no tuvo ni ese magnífico desprendimiento de Inglaterra que también en 1939 hubiera podido alejarse, dejar que Polonia cayera y pactar con el enemigo. Gran Bretaña no lo hizo por pundonor, por orgullo, por principio y por ser un pueblo altamente civilizado. Rusia, más calculadora, esperó hasta que no hubiese más remedio que defenderse. Se ha defendido maravillosamente, por bien de la humanidad. Reconozcámoslo. Pero no confundamos las cosas. Rusia defiende a Rusia primordialmente. Y está bien que lo haga, pero es penoso tener que asistir diariamente a estas expresiones ditirámbicas a la Unión Soviética y el menosprecio que las mismas gentes expresan por Inglaterra. Honor a la Gran Bretaña que supo actuar cuando todo parecía más sombrío.

El gobierno ruso ha rehusado sistemáticamente el permitir que observadores militares de sus aliados asistan a los frentes de batalla. Los mismos aliados se han quejado. Muchos han hecho hincapié en la contradicción que hay entre la colaboración estrecha que teóricamente prevalece y las reticencias de los rusos en permitir que militares de los ejércitos aliados se acerquen a sus frentes. Uno de los casos más graves fué el no permitir que aviadores americanos aterrizasen en territorio nacional durante el bombardeo de Ploesti. He aquí un caso elocuente. Los bombar-

deros norteamericanos volaron sobre Rumanía para destruir los yacimientos de petróleo que abastecían a los ejércitos que combatían en Rusia misma. Sin embargo, sabe Dios por qué razón, el gobierno soviético rehusó terminantemente que los aviones de sus aliados utilizasen los aeropuertos rusos para salir y para aterrizar una vez realizada su misión destructora. ¿Caso raro? ¿No es suficiente para concebir algunas reservas mentales acerca de nuestro aliado? Entre británicos y americanos no hay nada parecido. Entre éstas dos naciones hay la colaboración más estrecha y sincera exenta de estas suspicacias que entorpecen forzosamente la obra común.

Nos quejamos también de que el gobierno soviético no admita la más ligera crítica. Si es tan democrático como alega ser, es extraño que a cualquiera que lo critique se le acuse de mala fe y de tergiversar los hechos. Esta quisquillosidad es extraña y causa una profunda perplejidad. El gobierno soviético rehusa permitir que alguien opine sobre sus asuntos o lo que considera de su incumbencia, pero no vacila un instante en lanzar los cargos más severos contra individuos y naciones muchas veces aliados. Cuando Wendell Willkie, que es un hombre honrado, decente y deseoso de la verdad, escribió un artículo en el New York Times, pidiendo precisamente que no criticáramos tan fuertemente a Rusia, hizo alusión a la cuestión polaca y no pudo dejar de mencionar su convicción de que a los Estados Unidos y a las demás naciones unidas les interesaba profundamente la suerte de Polonia. En una palabra: la cuestión polaca no es un asunto que atañe exclusivamente al Soviet. Es de interés mundial. Polonia es nuestra aliada y por ella estalló la guerra. ¿Cómo es posible que se considere el asunto hoy en día como de la incumbencia exclusiva de Rusia, a pesar de que sus respectivas fronteras colindan? El artículo de Willkie era elogioso para Rusia; reconocía sus enormes virtudes y méritos; rogaba a sus compatriotas que guardasen más discreción al hablar de ella y que tratáramos todos de tener más cuidado en no lanzar críticas intempestivas contra la Unión Soviética. Pero la cuestión de Polonia inquietaba. La cuestión de Polonia estaba de por medio y había que aclararla antes de que la inteligencia con Rusia fuese completa. ¿Es ésta una declaración desmedida, violenta o injusta? De ninguna manera. Pero la prensa rusa se dió el gusto de tratar a Willkie como su peor enemigo con denuestos e injurias. Lo mismo que pasa con cualquiera que se atreva a decir una palabra que no sea en elogio de la Unión Soviética. ¿No es Rusia suficientemente poderosa y fuerte para poder aguantar una que otra crítica? ¿Dónde está esa democracia de que sus partidarios hablan con tanta insistencia? Para que muchos aceptemos la buena fe de Rusia y aceptemos la alianza permanente con ella como buena, que se nos aclare ese punto. No estamos dispuestos a que la prensa rusa se desate en ataques contra los demás países y contra el Vaticano como ha sido el caso de Izvestia en las últimas semanas y al mismo tiempo el gobierno ruso considere como un acto de hostilidad cualquier duda que tengamos acerca de sus actos. Que sea recíproca la conducta. Si criticamos a Rusia que la prensa rusa critique a los demás. Izvestia acusó al Sumo Pontífice de ser instrumento del encumbramiento del fascismo. Repitió el ataque a los pocos días. Luego, si algún católico piensa que en Rusia no hay absoluta libertad de religión, es un traidor a

la causa común y es enemigo de las naciones unidas y por lo tanto partidario del fascismo. Que acabemos de una vez para siempre con este dogma izquierdista que tergiversa los hechos, coloca a las cosas y a las gentes en un terreno falso y diviniza el estado soviético como incapaz de errar.

Finalmente, muy ligado al punto anterior, está el empeño de presentar a Rusia como un ejemplo acabado de democracia. No lo creemos. Nada que signifique democracia está presente en el sistema ruso. Representación popular, libertad de expresión, de culto, de reunión. ¿Dónde están las llamadas libertades básicas? Están todas ausentes. Para que Rusia sea una aliada poderosa no hace falta que sea una democracia. Aquí está justamente el error. Los que defienden a Rusia se creen en el deber de presentar un cuadro, en que el estado soviético no dista mucho de ser análogo al estado de Iowa o de California. Rusia es totalitaria. Su doctrina oficial predica la necesidad de la dictadura. Propone oficialmente como parte de su concepto del estado la eliminación de los prejuicios burgueses. Pues bien. Aceptamos todo ésto, pero como realistas sin ambages y sin tapujos. No nos engañemos, presentando a una Rusia democrática, liberal, algo así como la Gran Bretaña de Gladstone. Es falso, es inexacto y es anti-histórico. Y más aún, no hace ninguna falta.

Aquí tenemos en breve las objeciones que nosotros llamados de "derechas" sostenemos para manifestar nuestra desconfianza de la Unión Soviética. Queremos creer más en la buena fe de Rusia. Queremos ver que se va adaptando a las normas corrientes y conocidas del occidente. Estos trece casos que citamos ilustran el por qué de nuestra posición. Que no se nos tilde de reaccionarios a secas. Estamos cansados del término ya. No somos más reaccionarios que cualquier otro. Queremos un mundo decente pero no queremos cambiar la barbarie nazi con la mentira erigida en sistema de gobierno por un culto a Rusia que dista totalmente de su realidad. Queremos ver las cosas claras, nada más.

Hay actos del Soviet que tienen que complacer mucho a los que no comulgamos con sus ideas. La visita de Molotoff a Washington el año pasado fué un primer paso de gran importancia. La recepción dada a Churchill en Moscú parecía indicar lo mismo. La tenacidad con que el ejército y la flota rusos han defendido palmo a palmo la patria y han rechazado en una serie de victorias sin igual el poderío de la maquinaria militar alemana, nos han dejado a todos atónitos y satisfechos. La resistencia rusa ha sido gloriosa. Su arrojo ha hecho milagros para romper la integridad de la fuerza militar nazi que parecía arrolladora. La conferencia de Teherán ha llenado a todo el mundo de esperanza. El hecho de que Stalin tratase con los representantes del mundo anglo-americano en un terreno de comprensión, tenía que impresionar profundamente a todo el mundo. La participación del Soviet en algunas conferencias internacionales, especialmente la de Hots Springs sobre la alimentación, parecía un feliz indicio de que Rusia salía de su hermetismo y se incorporaba nuevamente al mundo nuestro. La disolución del Komintern, si es verdad en todo su alcance, produce la misma satisfacción. Ojalá que nos pudiéramos sentir convencidos de que la Rusia de mañana ha rechazado definitivamente la ambición y la aspiración de la conquista ideológica. Nos conmovió mucho también la declaración de Moscú de querer una Po-

lonia fuerte e independiente. Dice la declaración de Moscú que quiere una Polonia libre y democrática. ¿Democrática? ¿Estilo qué? Tal vez democracia como la que se practica en Rusia misma que es, dicho sea de paso, completamente sui generis. Finalmente, una de las cosas que más alienta en cuanto a la política rusa es la declaración terminantemente antagónica al viejo sistema de equilibrio de las potencias. En esto no hay lugar a duda. El gobierno ruso ha acertado por completo. Sería triste cosa que después de tanta lucha volviésemos al mismo sistema que prevalecía antes de 1914 y tal vez con mayor intensidad.

Digamos nuestra posición con claridad. Rusia no es para nosotros una religión, ni sus gobernantes infalibles, Rusia desempeña un papel de importancia indiscutible en el mundo moderno y esa importancia es menester que la reconozcamos todos. Apuntamos aquí con toda sinceridad, lo más sucintamente posible, las razones que tenemos muchas gentes de tendencia católica para dudar de Rusia. Alegamos también algunas razones que nos dan esperanzas. ¿No pueden nuestros amigos de tendencia contraria comprender que al alegar estos motivos, lo hacemos para llevar el asunto a la discusión más libre, exentos de todo parti pris? Sabemos que Rusia es la inmensa realidad del futuro. Queremos saber a qué atenernos, nada más. Que se nos aclaren estos puntos, pues queremos vivir en armonía con el imperio de Stalin.

Tomado de la "Revista Javeriana" tomo Nº XXI. Ejemplar Nº 105. Págs. de 201 a 212.

Sigilografía

Sello de armas de Don Baltazar Francisco de Balderrama, Gobernador y Capitán General de Costa Rica

En el documento rotulado A. C. 870, que reposa en los Archivos Nacionales de Costa Rica, a folio 63 vuelto, en la esquina inferior, a la mano izquierda, encuéntrase el sello en lacre de Don Baltasar Francisco de Balderrama, cuya identidad conocemos por el texto del documento en que va aplicada, que es una certificación extendida por el dicho Don Baltasar Francisco, quien, al formarla, estipula que la sella con el sello de sus armas.

Ya varias veces nos hemos referido a la existencia en nuestros documentos de numerosos sellos en cera o en lacre, que eran particulares de los nobles caballeros hijosdalgo que vinieron a radicarse en esta nobilísima tierra y hemos apuntado su importancia no sólo para la sigilografía costarricense, rama importantísima de su historia, sino también para la determinación de las armas que solían usar.

Este sello está bastante bien conservado, desgraciadamente la parte derecha se encuentra algo borrosa, sin embargo se puede descifrarla con bas-